







# **EL INFINITO SE ACABA PRONTO**

JOSEPH AVSKI

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta  
Imagen de cubierta: © Shutterstock

© 2015, Joseph Avski

© 2015, Editorial Planeta Colombiana S. A.

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-4661-5

ISBN 10: 958-42-4661-5

Primera impresión en esta edición: septiembre de 2015

Segunda impresión en esta edición: septiembre de 2016

Impreso por: Editora Géminis S. A. S.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

## JOSEPH AVSKI (biografía)

Es físico de la Universidad de Antioquia, donde se graduó con una tesis en ruido cuántico. Completó una maestría en creación literaria en la Universidad de Texas en El Paso y un doctorado en literatura latinoamericana en la Universidad Texas A&M. Ha publicado cuentos y ensayos en diferentes medios de Latinoamérica y España. Su primera novela, *El corazón del escorpión*, ganó el IX Concurso Nacional de Novela de la Cámara de Comercio de Medellín en 2009, y fue publicada en inglés. En 2010 su novela *El libro de los infiernos* fue finalista en la Bienal de novela «José Eustasio Rivera». En 2011 hizo parte de la colección Inmigrantes con *A un Paso de Juárez*, que fue reeditada recientemente en edición bilingüe. Actualmente es profesor de literatura y cultura latinoamericana en los Estados Unidos.





**E**n aquel tiempo todo el mundo hablaba el mismo idioma. Un día se dijeron unos a otros: «Vamos a hacer ladrillos y a cocerlos en el fuego». Así, usaron ladrillos en lugar de piedras y asfalto natural en lugar de mezcla. Después dijeron: «Vengan, vamos a construir una ciudad y una torre que llegue hasta el cielo. De este modo nos haremos famosos y no tendremos que dispersarnos por toda la tierra». Pero el Señor bajó a ver la ciudad y la torre que los hombres estaban construyendo, y pensó: «Ellos son un solo pueblo y hablan un solo idioma; por eso han comenzado este trabajo, y ahora por nada del mundo van a dejar de hacerlo. Es mejor que bajemos a confundir su idioma, para que no se entiendan entre ellos». Así fue como el Señor los dispersó por toda la tierra, y ellos dejaron de construir la ciudad.

Génesis 11, 1-8





*El hombre es igualmente incapaz de ver la nada  
de donde sale y el infinito al que es lanzado.*

BLAISE PASCAL

**A**l entrar al corredor recordé un cuento de García Márquez en el que una mujer ingresa a un manicomio para pedir prestado un teléfono y la toman por una reclusa y no la dejan salir. Me imaginé atrapado aquí, recorriendo este mismo pasillo todos los días para explicar que no estoy loco, o por lo menos no tanto como para estar encerrado, que solo quería entrar para adelantar mi investigación sobre el poeta Raúl Gómez Jattin. Así es, a veces la memoria es una tumba poco profunda, a veces un corredor de manicomio. Quizá por esa distracción tardé en notar que las ventanas estaban cerradas a pesar de la canícula maldita que consumía a Montería, y que el calor fermentaba el aire dándole un olor a ropa guardada. Detrás del vidrio había una cuadrícula de hierro jaspeada con mierda de paloma y hollín de petróleo.

La seguridad era un poco exagerada, pensé, al fin y al cabo estos loquitos no podían ser más peligrosos que un político colombiano en campaña. Un enfermero caminaba delante, indiferente al calor, abstraído por los mensajes de texto en su celular. Al final del corredor abrió una puerta y esperó a que yo entrara.

Era una oficina limpia y organizada, purificada por el aire acondicionado y el olor aséptico de un ambientador. La luz atravesaba la ventana y se regaba por encima del escritorio, pero no conseguía tomar por sorpresa a los gobiernos de la locura. Algo fatal se resistía a ser iluminado.

Me senté en una de las tres sillas frente al escritorio y me puse a mirar los diplomas en las paredes. Por puro vicio de lector me volví a levantar y me acerqué a los libreros con optimismo de explorador. La mayoría eran textos científicos de psicología y psiquiatría, pero también había unos cuantos libros de literatura, de los que volvieron loco a don Quijote. Este doctor bien podía estar tan loco como el manchego y creerse psiquiatra para arreglar entuertos. Unos minutos después el doctor Urbino entró con su aire de otro siglo y saludó. Aún no alcanzaba a sentarse cuando un enfermero sin sangre en la cara abrió otra vez la puerta e hizo entrar a Marcos.

«¿Avski? ¡No, no, no!», gritó Marcos sorprendido. «¡No puede ser! ¿Avski? Ja ja ja. ¿Qué te pasó? Perdona

que te lo diga pero parece que te hubiera atropellado el camión repartidor de los años... ja ja ja... pareces de treinta y cinco».

Tenía treinta y cuatro años.

«La vida», le dije mientras me acercaba a saludarlo, «la vida que no se detiene y a todos nos caga».

Llevaba una mugrienta bata de loco sobre la ropa. Era extraño verlo así porque Marcos es una de las personas más escrupulosas para vestir que he conocido en la vida. Nunca salía sin peinarse, sin pulir sus zapatos o sin ponerse perfume. Elegir el corte de cabello le tomaba semanas durante las cuales abrumaba a sus amigos con preguntas. Mientras tanto todos nosotros, a los que el resto de la ciudad llamaba «metálicos», llevábamos el cabello largo, o verde, bermudas militares y pantalones rotos, y las mismas camisas leñadoras con las que Kurt Cobain se protegía del frío de Seattle, solo que en el calor de mierda que nos quemaba las tripas en Montería. Marcos por su parte usaba zapatos de cuero y llevaba siempre la camisa por dentro. Fue la primera persona que conocí que contara las calorías de su dieta diaria desde mucho antes de cumplir veinte años. Un día me confesó que era incapaz de entablar amistad con una persona que fuera demasiado fea o descuidada con su apariencia.

«¿Te has dado cuenta que tus amigos son punks?», le pregunté.

«Eso es distinto».

Ahora se veía prematuramente envejecido, cansado como un soldado que vuelve de la guerra. La piel le daba visos oscuros de mala salud y le faltaba un diente inferior, aunque parecía no importarle porque hablaba mostrando las muelas sin recato.

Marcos, estás hecho mierda, pensé al verlo.

El doctor nos condujo a un patio pequeño con un par de mesas de cemento y un jardín de jazmines que nadie regaba, pero se negaba a morir a pesar del calor embrutecedor. Las mesas estaban bajo la sombra de un viejo árbol de mango y un almendro centenario.

«Los dejo solos», se disculpó el doctor Urbino con la mirada polvorosa de quien dedica su vida a la inútil querrela contra la locura. «Pero antes, si no les importa, quisiera tener una palabra con el señor Avski».

Volví con el doctor hasta la entrada del patio. Junto al portón me explicó algunos comportamientos que iba a notar en Marcos y cómo debía reaccionar. También me detalló su horario en caso de que quisiera hablar con él más tarde. Le agradecí y volví a la mesa. Marcos estaba de espaldas, distraído con una iguana que subía por el árbol de mango y escapaba del manicomio caminando por la arista de la pared trasera.

«Se dio de alta la hija de puta iguana. ¿Crees que ya esté bien de la cabeza?», dije mirando al animal.

Marcos giró confundido. Se quedó mirándome un instante y gritó estupefacto: «¿Avski? ¡No, no, no! ¡No puede ser! Ja ja ja».

La iguana asintió en dirección al sol y bajó la paredilla hacia el mundo exterior.

«¿Qué haces aquí? Perdona que te lo diga pero parece que te hubieran echado años en la sopa... ja ja ja... pareces de treinta».

«Putá que es la vida que a todos nos quiere dar de alta», respondí sin ganas.

Traté de no mirar el hueco en su dentadura. En la calle quizá no lo hubiera reconocido, ni aun si nos tropezáramos. Su deterioro era mucho más que un simple proceso de descalabro físico. Tenía la mirada vacía, como un guerrero ancestral cansado de habitar los reinos de la muerte.

Intenté preguntarle por sus padres pero me interrumpió. Me explicó que había hecho avances importantes en su investigación, y sin darme tiempo a responder empezó su perorata:

«Hay una relación profunda entre los problemas de autorreferencia y el infinito. Piensa en dos espejos enfrentados que crean la imagen de un túnel sin fin, hecho de cámaras que no existen, porque cada espejo refleja un reflejo, la imagen de lo que nunca existió... ¿si ves, Avski?»

«Marcos, no vine a hablar de eso».

«Es por eso que gente como Aristóteles, Gauss y Poincaré no creían en el infinito», continuó.

«Quizá tengan razón», argumenté. «En realidad, en la naturaleza todo tiene un final por inconmensurable que sea».

«Es verdad. En la naturaleza el infinito solo asoma como una insinuación, una promesa que nunca puede ser alcanzada. Esa es la tragedia detrás de las paradojas de Zenón: la felicidad, el amor, el placer sexual, la tortuga que persigue Aquiles; siempre están un paso por adelante, no importa cuántos pasos des, siempre hace falta uno más. Pero la naturaleza no impone los límites de la realidad. El infinito real existe si puede ser imaginado, si puede ser soñado como lo soñó Cantor. El verdadero hogar del infinito es el corazón del hombre», respondió Marcos.

«¡Caramba! Quizá lo tuyo no sea la matemática, sino la poesía intelectual para amas de casa letradas en Paulo Coelho».

«Quizá te dé risa, pero es verdad. El infinito como la poesía no existen en la naturaleza. Sin embargo, el infinito está en todas partes, en todo. Piensa en el lenguaje, por ejemplo, si yo digo:

LA SIGUIENTE FRASE ES FALSA

Y después digo:

LA FRASE ANTERIOR ES VERDADERA.

¿Sí ves? Lo puedo entender como una contradicción, o como un *loop* infinito: dos espejos enfrentados. Está en todas partes, Avski, pero la gente se niega a verlo. Lo ignoran. Eso fue lo que le pasó a Cantor, ¿sabes quién fue Cantor, no?».

Me lo había contado miles de veces.

«Marcos, no vine a hablar de...».

«Bueno, eso fue lo que le pasó, que vio el infinito en toda su luz mientras a todos los demás les daba miedo. Fíjate que hasta Dios mismo sintió miedo cuando estaban construyendo en Babel una torre para tocar el infinito. Mira a los griegos; solo hay que leer las paradojas de Zenón para darse cuenta del terror al infinito que tenían. Los encandilaba, ¿entiendes? Solo los grandes han visto al infinito, como William Blake a quien también odiaron en su tiempo los envidiosos que no pueden comprender el universo».

Antes de que lo pudiera interrumpir empezó a recitar:

Ve el mundo en un grano de arena  
y el cielo en una flor silvestre  
abarca el infinito en la palma de tu mano  
y la eternidad en una hora.

Hermoso, ¿no? Por eso a Blake también lo odiaron, porque miró al infinito sin miedo. Somos una raza de cobardes.

Recordé que Borges argumenta que todos los hombres somos en realidad uno, que nuestro destino es singular; y pensé que por lo menos en ese universo el loquito de la mugrosa bata blanca sentado frente a mí, era también Georg Cantor, el gran matemático del infinito.



*Déjenlo todo, nuevamente.*

*Láncense a los caminos.*

ROBERTO BOLAÑO

A veces la memoria es una tumba poco profunda, a veces un viaje a lo profundo de la noche. Conocí a Marcos a principios de los años noventa, en la solana maldita de Montería. Vivía con su abuela y su tía en una casa de la carrera 22, en frente del edificio *Los cuatro caminos*. Nunca mencionó a otro miembro de su familia y de sus padres nunca hablaba, excepto para decir con orgullo que su abuelo paterno era francés.

En esa época estábamos convencidos (nosotros los «los metálicos»: los hermanos Orozco, Jorge, Ángel, Sebas, Luis, y desde luego Marcos) de que éramos las únicas personas inteligentes en la ciudad. Montería era el culo del mundo, y nosotros, su única esperanza. Nos creíamos capaces de todo. Teníamos una banda de punk, hacíamos películas con una cámara casera y escribíamos

poemas sobre nuestras insignificantes miserias. Todas nuestras empresas estaban marcadas por una característica común: una milagrosa mediocridad.

Marcos era uno de los mayores.

Fanfarroneaba con sus grandes cualidades para el ajedrez. Aprendió a jugar con un libro mal traducido del ruso que le había regalado un profesor del Colegio Nacional antes de terminar la primaria, quizá el único adulto que se interesó por él durante sus años de formación. Salían a jugar juntos dos o tres veces por semana, después de clases. En poco tiempo Marcos llegó a jugar al mismo nivel que su profesor. En realidad el profesor nunca fue buen jugador; sin embargo, esto le mereció una moderada fama de niño genio en su barrio, y entre las amigas de su tía y su abuela. Desde entonces intentó mantener un compañero de juego, comúnmente alguien veinte o treinta años mayor con quien se reunía una vez por semana. Le gustaba jugar en silencio por la presunción libresca de que hablar atentaba contra la elegancia del juego. La verdad es que siempre había un momento en que la formalidad lo aburría terriblemente, pero el tonto prefería soportar callado.

A mediados de 1993 se fue a Medellín a estudiar matemáticas a la Universidad de Antioquia. Eso lo transformó en una especie de celebridad local. De un momento a otro todo el mundo, incluso personas que apenas lo

conocían, hablaba sobre él, admiraba su inteligencia, y se entregaba a la frivolidad del orgullo ajeno.

Durante las vacaciones Marcos volvía a Montería y se integraba a nuestra rutina. Fue en esa época que formamos el colectivo de arte callejero Memín 2099. Salíamos los lunes o martes, cuando había menos vigilancia, a llenar las paredes de grafitis. Criticábamos la cultura paramilitar que se adueñaba silenciosamente de la sociedad, la corrupción de los políticos locales, la falta de compromiso con la educación y la cultura. Estábamos seguros de que nuestro mensaje iba a transformar la ciudad.

La ingenuidad es un desarreglo que se sana con el tiempo y los golpes.

Pronto apareció otro colectivo de grafiteros que firmaba Onix, y empezó una pequeña guerra. Todo nuestro descontento político y nuestra propuesta cultural pasaron a un segundo plano. Hasta entonces Marcos no se había interesado mucho por Memín 2099. Las cruzadas contra la injusticia y la defensa de la educación no le interesaban para nada, pero la rivalidad con Onix era principalmente musical y eso sí le llamaba la atención. Ellos representaban al rap, mientras nosotros levantábamos la antorcha del rock. En solo un par de días Marcos se apoderó de la rivalidad y cubrió la ciudad con alusiones al totalitarismo tomadas del *The Wall* de Pink Floyd.

Nadie estuvo de acuerdo.

«Alguien como Fujimori es lo que hace falta en este país», se defendió.

«¿Culibajito y con cara de japonés?».

Poco después conocimos a Onix. Eran tres jóvenes paisas que habían llegado a Montería un año atrás. Acordamos seguir con el antagonismo público entre Memín y Onix, aunque nos hicimos buenos amigos, e incluso salimos juntos varias veces a pintar la ciudad. Marcos, sin embargo, mantuvo siempre cierta hostilidad contra ellos.

Una noche los tres Onix llegaron a la sombrilla del *Edificio Garcés*, donde nos reuníamos antes de salir a grafitear, y nos advirtieron que no debíamos hacerlo. Dos noches atrás habían sido arrestados cerca de la antigua Casa de la Cultura, que para entonces se había transformado en una discoteca. Desde la celda escucharon a los policías celebrar porque habían agarrado a «los guerrilleros de los Memines». Los Onix alegaron que estaban equivocados, que ellos eran nuestros rivales y lo probaron mostrando un *stencil* con su firma. Les hicieron firmar una declaración diciendo que no eran Memín 2099 y les informaron que de todos modos iban a pasar una noche en el calabozo para que se les quitara la pendejada. La mañana siguiente, cuando fueron liberados, uno de los policías se acercó y les advirtió que dejaran de grafitear, que si los hubieran encontrado los *paras* en lugar de la policía esa misma noche los habían matado

sin preguntar quiénes eran. A los Memines los patronos los quieren desaparecidos, les aclaró.

Ese fue el fin de Memín 2099.

Eran los días en los que los dioses de la muerte se fortalecían en la paz tramposa de la ciudad, mientras tanto nosotros sentíamos que teníamos que dinamitar los cimientos de la sociedad, que teníamos una apuesta a muerte por el arte, por la literatura, por la música, por la ciencia. Una apuesta *all in* a vivir poéticamente. Estábamos destinados a renovarlo todo y a devolverlo al centro mismo de la vida del hombre. Todos teníamos nuestras obsesiones, los pilares de nuestro delirio. Para Marcos eran el matemático Georg Cantor y el *The Wall* de Pink Floyd.





*En donde esté una piedra solitaria  
sin inscripción alguna, donde habite el olvido,  
allí estará mi tumba.*

GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER

**M**arcos había sido admitido en el Hospital San Pablo de Montería dos años atrás. El diagnóstico señalaba tres grandes trastornos: amnesia severa, un profundo desorden en la percepción temporal que le impedía diferenciar entre pasado y presente, y un grave deterioro de la memoria a corto plazo.

A pesar de todo la vida sí se detiene, o al menos crea la ilusión de estar detenida. A veces la memoria es una tumba poco profunda, a veces una camisa de fuerza. La gente se atasca en la melaza cotidiana mientras el tiempo se pasa sin avisar. En un descuido pasan diez años de los que uno ni se entera. La familia se muere, los amigos se alejan, el amor da todos los días un paso hacia atrás hasta que desaparece. La vida nos caga como

una paloma callejera a la fachada de un edificio. Para Marcos la vida se había detenido tiempo atrás, a finales de los años noventa. Eran los días de Pastrana y del proceso de paz con las Farc, del terremoto de Armenia, del asesinato de Jaime Garzón. El impune asesinato de Jaime Garzón. No tenía conciencia alguna de los quince años que habían pasado desde entonces, ningún recuerdo, ninguna huella en el basurero de sus memorias; y sin embargo, exhibía todas las cicatrices implacables de la persistencia del tiempo. Vivía en la inconsciencia de un eterno presente, como los peces que mueren reventados de tanto comer porque olvidan que están llenos.

Aunque la vida se estanque el tiempo no se detiene. Los años se suceden, se suceden la vida y la historia. Quizá lo único que le habían dejado los tiempos olvidados eran marcas físicas y cicatrices emocionales, muchas de las cuales no podía siquiera reconocer. Parecía quince, incluso veinte años mayor de lo que era. No solo le faltaba un diente, sino que los demás parecían a punto de caerse. Caminaba encorvado, como llevando sobre los hombros un peso ancestral demasiado grande para un hombre de esta época de baratijas digitales. Su voz sonaba opaca, como si viniera lejana a través del tiempo, desde los años felices en que no tenía que olvidar para vivir. Una ardua simetría unía su cabeza vacía y la urgencia con que su cuerpo se hacía viejo, como si la decadencia física tuviera que pagar la deuda de su memoria inservible.

«¿Marcos, qué hacía tu padre?», le pregunté.

«Mi padre era lector de Borges, ¿sabías?».

«No sabía, pero ¿qué hacía? ¿A qué se dedicaba?».

«¿Alguna vez te conté que su padre, o sea mi abuelo, era francés?».

«Sí, muchas veces», le respondí.

«Borges es quizá el único autor en español que se interesó por los problemas del infinito».

«¿Por eso lo leía tu padre?».

«En realidad Borges tampoco entendió la naturaleza del infinito. Él, como los griegos, entendía el infinito como lo que supera la capacidad humana de enumeración; pero es mucho más».

«¿Tu padre era profesor de literatura o algo así?».

«La gente lee ‘El aleph’ y ‘La biblioteca de Babel’ y cree que Borges entendía el concepto de infinito, pero la realidad es que no, lo que describe en esos cuentos son ejemplos de incontables, no propiamente de infinitos», me explicó.

«Marcos, ¿por qué leía a Borges tu padre?».

«No es lo mismo infinito que incontable o inconmensurable. Lo primero...».

Recordé que Borges argumenta que ningún hombre vive en el pasado, y ciertamente ninguno vivió en el futuro; de donde concluye que todos vivimos en el presente, nuestros antepasados y las generaciones por venir.

Todos somos contemporáneos. Desde luego, Borges no pensó en Marcos. Este tonto vive en el pasado y habita en el futuro. El único tiempo que le es esquivo es el presente. No tiene contemporáneos, está completamente solo en un basurero sin tiempo. Para Marcos la historia del mundo se había detenido poco antes del cambio de siglo. Su vida volvía a cero cada día desde entonces. Su historia personal también. Sin embargo, el mundo seguía allí, indiferente al olvido del tonto.